

Historias de lectura...  
historias de vida



Primera edición: 2003

Producción: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA  
Y LAS ARTES  
Dirección General de Publicaciones

Coordinación: Ana Arenzana

- © Carmen Carrara García, María Luisa Escobar Rodríguez,  
Olivia Escorza Rodríguez, Marina Isabel Huerta Parra,  
Jéssica Lugo Juárez, Manuel Matus Manzo, José Meza  
González, Maya Lorena Pérez Ruiz y Lucila Rivera Rincón  
Gallardo
- © Asociación Mexicana de Promotores de Lectura, A.C.  
(AMPLAC) por ocho títulos

Imagen de portada: Alberto Durero, Adán y Eva, grabado,  
Madrid, Museo del Prado

Foto: Archivo Webmuseum, París

D.R. © 2003, de la presente edición  
Dirección General de Publicaciones  
Calz. México Coyoacán 371  
Xoco, CP 03330  
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas  
de esta edición son propiedad de la Dirección  
General de Publicaciones del CONACULTA

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendi-  
dos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la graba-  
ción, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional para la  
Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones.

ISBN 970-35-0230-X

Impreso y hecho en México

## Índice

Presentación ..... 9

### GANADORES Y MENCIONES

1998

Cómo ayudar a Pedro,  
Olivia Escorza Rodríguez ..... 15

Una amorosa experiencia: La formación de lectores  
adolescentes,  
Carmen Carrara García ..... 19

La historia de una mujer que vivió con el siglo  
y cómo cambió su vida el *vicio de leer*,  
Marina Isabel Huerta Parra ..... 27

Por y para ella,  
José Meza González ..... 33

1999

Prodigo en la azotea,  
Lucila Rivera Rincón Gallardo ..... 39

El viejo que se robó las letras,  
Maya Lorena Pérez Ruiz ..... 45

## **El viejo que se robó las letras**

Maya Lorena Pérez Ruiz

Don Clot, un hombre muy viejo de ochenta, noventa o quizá cien años, fue quien hace muchos años se robó las letras.

Sentado en su hamaca, apenas iluminado por el sol que se asoma por las rendijas de su casa, lee un libro. Son las horas de la tarde en las que parece ausente y permanece indiferente frente a los juegos de sus nietos y al rítmico movimiento de su nuera que desgrana maíz. Su concentración es absoluta. Una a una va entretejiendo las letras hasta formar la urdimbre de sentido que le arrebata cadencioso al papel. Sus ojillos avellanados sonríen por cada palabra que le roba al libro. Así es como sabe leer y así es como aprendió a hacerlo.

Sucedió hace muchos años, cuando en Yucatán todavía existían los esclavos.

Clot por su suerte no era esclavo. Había nacido libre y eso significaba que su familia podía tener algo de tierra para su milpa, y mantenerse ajena a las deudas que otros mayas tenían con las haciendas donde se sembraba henequén y se tenía ganado.

La escuela, sin embargo, no era para los indios y Clot, en su infancia, veía con tristeza cómo aprendían las letras los niños blancos.

Los primeros años de su vida transcurrieron rápidos, entre sus idas al monte a cazar pájaros, conejos y ven-

dos, y su trabajo en el campo. De su padre aprendió a conocer las plantas por su nombre y utilidad; de cada animal supo sus costumbres y sus sonidos; y de cada tipo de piedra y suelo descubrió sus secretos fértiles y humedos. De muchos hombres mayores escuchó hablar del origen del mundo, y de la vida de los dioses y de los hombres.

Pero también por ellos supo de la esclavitud y la pobreza.

Ya de joven sabía mucho, pero Clot sentía que algo le faltaba, y cada vez que acompañaba a sus padres a vender maíz o a comprar aperos de labranza tenía la sensación de que se hacía pequeño, de que se hacía poca cosa. Lo mismo le sucedía en las reuniones que había con las autoridades blancas de su pueblo, o con las que llegaban de fuera. Ciertamente hablaba el español además del maya, pero surgían los engaños a la hora de firmar, de pesar y anotar los kilos, o de leer los acuerdos sobre las reuniones.

Nunca, nadie de su familia había llegado a ser autoridad. Sólo los blancos, sólo los ricos eran los responsables de la política, de los negocios y, por supuesto, de distribuir y vigilar la tierra.

Fue de muchacho que decidió cambiar las cosas. Si nadie le iba a enseñar a leer y a escribir por ser indio, ¡él se robaría las letras! Y lo haría despacito, en silencio, sin que nadie se diera cuenta.

Por allá, andando los estrechos senderos de la selva, imaginó su plan. Una letra por vez: primero cómo suena, luego cómo se escribe, más adelantito juntar y repetir todas las palabras que empiezan con ella, y ya por último a practicar.

Desde ese día en su morral, además del pozol, llevaba un pedacito de papel y algo con que pintar las letras. Des-

pués de sus faenas mañaneras buscaba una poza con agua fresca para su bebida, una piedra cómoda y un buen rincón con sombra y recargadera, y se ponía a escribir letras y a deletrear palabras.

Cada letra se la fue robando al que se dejaba y según podía. Algunas veces acechaba a los niños de las casas grandes que tenían mentores particulares. Otras veces era el dueño de la tienda, al que de paso le preguntaba algo.

Robar y aprender todas las letras le llevó mucho tiempo, pero un buen día se sorprendió entendiendo las cosas que escribían las autoridades, y hasta entonces compartió su secreto. ¡Se había robado ya todas las letras! ¡Y por fin podía leer y escribir la castilla!

Quizá por eso, quizás porque muchos indios como él querían un cambio, las cosas en el pueblo comenzaron a modificarse. Primero vino la guerra socialista de Carrillo Puerto, a la que se unieron casi todos los indios de su pueblo; luego vino la lucha por conseguir el municipio libre y Clot fue uno de los principales dirigentes; y desde entonces, y por siempre, Don Clot se ha distinguido por defender la tierra del ejido. Por eso permanentemente es elegido para algún cargo de autoridad: a veces como presidente del Comisariado de su ejido, y otras como miembro del Consejo de Vigilancia.

Don Clot es muy anciano ya. Su menuda y encorvada figura pasa todos los días por la plaza del pueblo. Ya no puede ir al monte para sembrar la tierra, pero no puede alejarse de ella, así que en un pequeño solar se dedica a experimentar con plantas. Junta una semilla de chile de aquí y la siembra junto a otra que sabe mejor pero que es menos resistente, y así hasta que consigue la planta que quiere. Luego, como hombre de conocimiento, querido y respetado, es escuchado por los demás campesinos que

aprenden de sus experimentos. Cuando baja el calor, y la gente recién bañada sale a platicar a la plaza, siempre hay alguien que recurre a Don Clot para que le plique algo. En nuestros días ya no hay esclavitud, y se supone que todos somos iguales; sin embargo, aún no todos los de su pueblo saben leer, y así, entre las penumbras de la tarde-noche, muchos se acercan al viejo para que les comparta sus secretos: aquellos que todos los días le arranca a pedacitos a los libros que llegan a sus manos.

Historias de lectura...  
historias de vida

A partir de 1998 y en su búsqueda por contribuir a la formación de lectores, la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, en coordinación con la Dirección General de Materiales y Métodos Educativos de la Secretaría de Educación Pública y la Asociación Mexicana de Promotores de Lectura, A.C. tomaron la iniciativa de convocar al Concurso Nacional "Historias de Lectura" para dar a conocer la gran diversidad de circunstancias que conducen a las personas hacia los libros y a través de ellas estimular y hacer extensiva la invitación para acercarse a la lectura. *Historias de lectura... historias de vida* recoge los trabajos ganadores de este concurso de 1998 a 2002, así como los que recibieron mención honorífica y aquellos que fueron recomendados para su publicación por los jurados de las diferentes emisiones.

 CONACULTA  
HACIA UN PAÍS DE LECTORES

ISBN 970-35-0230-X



9 789703 502301